

ROSANA GUBER

# El salvaje metropolitano

Reconstrucción del conocimiento  
social en el trabajo de campo



PAIDÓS ESTUDIOS DE COMUNICACIÓN

Rosana Guber

El salvaje metropolitano  
Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de  
campo

PAIDÓS  
Buenos Aires  
Barcelona  
México

Cubierta de Gustavo Macri  
Foto cubierta: gentileza de Carmen Guarini

1ª edición en Editorial Legasa, 1991  
1ª edición en Editorial Paidós, 2004  
1ª reimpresión, 2005

2004 de todas las ediciones en castellano  
Editorial Paidós SAICF  
Defensa 599, Buenos Aires  
e-mail: [literaria@editorialpaidos.com.ar](mailto:literaria@editorialpaidos.com.ar)  
[www.paidosargentina.com.ar](http://www.paidosargentina.com.ar)

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723  
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

California 1231, Ciudad de Buenos Aires, en marzo de 2005  
Tirada: 1000 ejemplares

ISBN 950-12-2719-7

## 12. El registro de campo: primer análisis de datos

La concepción tradicional del trabajo de campo ha seguido los parámetros del naturalismo: captación inmediata de "lo real", "recolección de datos" y posterior análisis en gabinete. Esta concepción ha incidido en varios aspectos de la operación por excelencia de obtención de información: el registro de datos. Según esta corriente, el registro es un medio por el cual se duplica el campo en las notas (registro escrito), en imágenes (fotografía y cine) y en sonidos (registro magnetofónico). Así, el investigador "recolecta lo real tal cual es", esto es, "recoge datos". La revisión del sentido del trabajo de campo y de la relación entre investigador e informantes, mediatizada por las técnicas de obtención de información y la situación de campo, ha llevado a resignificar las formas de registro sin por eso desechar los aportes que la labor antropológica ha realizado a lo largo de su historia. Un aspecto desde el cual se reformula el lugar del registro de campo es la incidencia del investigador en el recorte de lo relevado. El proceso investigativo que ha propuesto tradicionalmente una mirada abierta a la totalidad social y sin sesgos etnocéntricos, plantea ahora el ideal de ampliar progresivamente la mirada y la capacidad de registrar, captar y detectar información significativa para ser integrada a las notas, conforme avanza el trabajo de campo en una relación reflexiva de conocimiento paralelo y recíproco entre investigador e informantes. Esto es: se ve lo que se puede ver. Tratemos, entonces, de ver cada vez más y mejor. El registro es la manifestación concreta de este proceso y de cómo el investigador concibe el campo y cuanto sucede en él. Con el registro, el investigador no se lleva el campo a casa; se trata más bien de una imagen especular del proceso de conocimiento que incluye las condiciones en que dicho conocimiento tiene lugar. Al situarse en un contexto determinado, la relación entre investigador e informantes [251] se concreta y complejiza incorporando las variantes de dicha relación. En ese proceso, el registro es una especie de cristalización de la relación, vista desde el ángulo de quien hace las anotaciones o fija el teleobjetivo de la cámara.

Sin embargo, como hemos dicho reiteradamente, este ángulo no es equiparable a lo registrado sino que implica un recorte de lo que el investigador supone relevante y significativo (siempre desde el grado de apertura que le permite su mirada en ese momento de su trabajo). Por eso, el registro es una valiosa ayuda no sólo para preservar información, sino también para visualizar el proceso por el cual el investigador va abriendo su mirada, aprehendiendo el campo y aprehendiéndose a sí mismo. De ahí que resulta imprescindible que el investigador registre todos aquellos aspectos que pueden echar luz acerca de por qué se registran algunas cuestiones y relegan otras, por qué se repara en determinados aspectos y se secundarizan otros, por qué se los integra de este y no de otro modo. Lo que el investigador tiene en su registro es la materialización de su propia perspectiva de conocimiento sobre una realidad determinada y no esa realidad en sí. Sin embargo, esto no significa que la realidad no exista o sea irrelevante, porque el investigador está permanentemente intentando dar cuenta más y mejor de ella. Para que ese registro se torne cada vez más complejo y revele mayores aspectos de la perspectiva del actor y sus vetas inesperadas,<sup>1</sup> es necesario explicitar a cada paso la intervención de quien registra, pues, como también señalamos, el investigador sólo puede ampliar su mirada si reconoce los contrastes con el mundo social de sus informantes, interrogándose por el significado, en su propio marco conceptual y en función de su

---

<sup>1</sup> Para el análisis e cómo Esther Hermitte consiguió hacer un lugar en sus notas de campo para captar lo inesperado, véase GTTCE (2001).

objeto de conocimiento, del material obtenido y transformado en dato.

## 1. Formas de registro

Tradicionalmente se ha optado por una u otra forma de registro, según su grado de fidelidad con respecto al referente empírico. Sin desechar este criterio, pero teniendo en claro la incidencia del investigador en dicho proceso, podemos añadir que las formas de registro son también factores que inciden en la dinámica de lo real, y que deben ser analizadas en función de esa incidencia. Esto significa que el recurso al que apele el investigador no es más o menos favorable porque [252] altere o no el campo o la conducta de los informantes, sino porque cada forma de registro, así como cada investigador y cada personalidad, inciden de algún modo y es este modo el que debe reconocerse y explicitarse. Aun cuando el investigador no lleve consigo ningún implemento técnico (grabador, filmadora, etc.), su sola presencia, su atención y su comportamiento inciden en el medio observado. Lo deseable no es que esta incidencia no exista, porque existe, sino que sea reconocida, caracterizada e incorporada como condición de la investigación y el conocimiento social.

El investigador puede realizar el registro durante la entrevista o posteriormente. En el primer caso, por medio de un grabador, lo que le asegura una fidelidad casi total (casi, porque pueden aparecer problemas técnicos de nitidez en la grabación o en la dicción) de lo verbalizado, o en una libreta de notas (en versión taquigráfica, tomando algunas expresiones textuales o breves indicadores de los temas tratados que se completarán a posteriori). En el segundo caso, sin haber tomado notas en absoluto, se apela a la memoria y a la reconstrucción una vez realizados la observación y el encuentro (el registro fílmico en antropología ha sido muy elaborado en las últimas dos décadas, de manera que obviaremos aquí su tratamiento). Cada uno de estos sistemas presenta sus ventajas y desventajas, que es conveniente explicitar para controlar sus efectos.

Con respecto al informante, la grabación combina un efecto de total fidelidad con otro contraproducente de inhibición, reticencia o temor; con respecto al investigador, implica una mayor comodidad, al punto que es frecuente desentenderse de lo que se está hablando. El investigador no recuerda a ciencia cierta qué se trató en el encuentro; también suele suceder que el informante "se largue a hablar" cuando se apaga el grabador. La extrema dependencia de este recurso técnico puede implicar que el investigador no se anime a registrar los "datos fuera de libreta" y, finalmente, los pierda. Por otra parte, la grabación exige una desgrabación, que suele ser lenta y costosa, lo que ayuda a que estas tareas se posterguen para una vez finalizado el trabajo de campo; esto presenta el inconveniente de que, por la índole del proceso de conocimiento antropológico en campo, ya no se trata de un trabajo reflexivo sino, de hecho, de una captación empirista de información. Al no proceder a la simultánea elaboración/construcción de la perspectiva del actor, el trabajo de campo se transforma en la aplicación cada vez más cristalizada de cuestionarios y de miradas guiados por la costumbre y no por un examen crítico. Por eso, la transcripción de notas es una de las herramientas, por excelencia, de la elaboración reflexiva de lo sucedido en campo y de la producción de datos. No basta con tenerlos almacenados en un bibliorato o en la base de [253] una computadora. Es necesario trabajarlos, estudiarlos, relacionarlos e interpretarlos.

Cabe acotar que el supuesto según el cual la grabación asegura "llevarse el campo a casa" es cierto sólo en la medida en que se registran sonidos físicos verbalizados por el informante; pero ello no garantiza la reconstrucción exacta de la situación en la cual se producen dichas verbalizaciones; tampoco se retienen gestos, expresiones faciales y corporales, la identidad de las personas reunidas, movimientos y reacomodamientos, eventos antecedentes y consecuentes de la entrevista y la actitud del investigador, que puede ser decisiva para la del informante. Pero su limitación no es solo técnica sino epistemológica. Si bien es cierto que un buen y fiel registro permite volver a los datos con confiabilidad y revivir las condiciones de la información del campo cualquiera sea el lapso transcurrido desde su obtención, es conveniente no homologar veracidad de la información y veracidad de las conclusiones. El registro grabado no evita el recorte y la construcción de datos, pues éstos, en tanto pasen a integrar el sistema explicativo, son siempre una construcción del investigador. Lo mismo ocurre con la perspectiva del actor, aunque ésta puede estar más o menos cargada de perspectivas etnocéntricas. En el camino para descentrar el conocimiento de la unidad social, es imprescindible contar con un nutrido cuerpo de materiales. Sin embargo, la forma de registro se encuadra en el contexto de una relación social. Y suele ocurrir que el informante tenga una imagen estereotipada de la investigación social, que requiera de ciertas prácticas para legitimarse, como la presencia del grabador y los papeles.

Si el investigador es veloz para tomar notas simultáneamente a la entrevista, la función del grabador puede ser sustituida por versiones más o menos completas de lo verbalizado. Por ejemplo, los registros de lo que ocurre en una clase suelen realizarse por este medio, valiéndose de una serie de criterios de notación que permiten, a diferencia del grabador, incorporar la conducta de los alumnos y la disposición del maestro, y lo que se escribe en las pizarras (véanse Rockwell, 1986; Bulmer, 1982; Woods, 1987). Para registros en el campo educativo, Rockwell sugiere utilizar:

- " " para notación textual;
- / / para textual aproximada;
- ( ) para aclaraciones contextuales como climas, gestos, etc.;
- (...) lo que no se alcanza a registrar;
- ... el que habla y no termina;
- subrayado lo que se escribe en el pizarrón o se dicta.

Sin embargo, este medio reitera algunas dificultades del registro magnetofónico y les suma otras nuevas. Una de ellas es poner al investigador ante el dilema de atender y mirar al informante o tomar notas; en el curso de la entrevista, el registro escrito puede incomodar al informante, quien puede optar por empezar a dictarle al investigador j en vez de expresarse más espontáneamente. Por otra parte, el contacto visual es fundamental para establecer una relación de confianza, proximidad y soltura, marco conveniente para desarrollar buenas entrevistas. Quizá sea aconsejable postergar el registro o tomar nota indicando los temas tratados y algunas expresiones que parezcan "interesantes" en función de los objetivos del investigador, sus hipótesis o, incluso, sus intuiciones. La obsesión por "anotar todo" también puede dar por resultado que el investigador no formule preguntas en momentos en que la conversación decae y, se pueden llegar a producir, entonces, silencios desconcertantes para ambos. El registro escrito simultáneo puede estorbar al informante en la medida en que le recuerda permanentemente que está siendo registrado; su inhibición es entonces una versión corregida y aumentada de la producida por el grabador, porque con éste funcionando,

dispuesto en forma no demasiado evidente, las partes pueden olvidar su presencia a medida que se desarrolla el encuentro. El contacto visual con el investigador compensa la atención hacia la forma de registro, lo cual no ocurre con el registro escrito simultáneo. Si el informante concibe el trabajo serio como aquel que involucra formas de registro visibles y éstas no son empleadas, puede ofenderse suponiendo que el investigador olvidará partes relevantes de su discurso o que le está tomando el pelo o que distorsionará todo cuanto le diga. Es usual que el informante pregunte, después de dos horas o más de entrevista informal: "¿Y? ¿Cuándo me va a hacer la entrevista?", o bien, que le "tome examen" al investigador para cerciorarse de que, aún sin grabador y notas, se retiene lo comunicado por el informante. En estos casos, puede ser aconsejable grabar o tomar nota y, para el propio registro, continuar la entrevista como una charla informal, una vez apagado el grabador o cerrada la libreta. Aquí es cuando suelen surgir los temas de modo menos planificado o sobreactuado por el informante.

Reconstruir a posteriori de la "sesión de campo" puede ser conveniente por varias razones: en contextos conflictivos que impliquen persecución, suspicacia, enfrentamiento, el informante puede retraerse al ver comprometida su palabra en manos de un extraño y desconocer su destino, mal uso o publicidad ante grupos antagónicos. La inhibición y la vergüenza pueden tener lugar cuando se tratan temas personales o tabú para el informante, por ejemplo, sobre sexo, conflictos familiares, reflexiones acerca de cuestiones morales, etc. Los aspectos no verbalizables del encuentro y su contexto o los eventos que [255] lo preceden y suceden también pueden registrarse de este modo, así también si el informante se explaya "fuera de libreto" sobre algún tema. Una vez que el investigador apaga el grabador o abandona la anotación. En todos estos casos, lo más conveniente es hacer un primer listado indicativo de los temas, en un sitio apartado o ya fuera del campo, y luego, con más tiempo, comenzar la transcripción detallada de la situación de encuentro. Aunque al principio esto parezca impracticable, conforme avanza la práctica de la memoria, la asociación y la atención en el campo, el investigador podrá retener cada vez mayor cantidad de información. Y ello no sólo por la experiencia, sino también porque irá comprendiendo cada vez más lo que ve y le resultará más significativo, siéndole más sencillo relacionarlo con su problema de investigación y con sus interrogantes.

Por otra parte, el transcurso de la vida cotidiana y sus múltiples facetas no pueden ser encerrados en una cinta magnetofónica ni en una filmación. Es cierto que el registro a posteriori es menos fiel que la grabación y el registro simultáneo a la entrevista. La mente del investigador procede por recortes, condensación y síntesis; evitar estas y otras distorsiones es parte del aprendizaje de esta técnica de registro; pero también las preguntas que el investigador lleva consigo y sus ; guías temáticas elaboradas en gabinete pueden darle indicios o recordarle lo que se ha tratado. Lo relevante será, sin duda, el resultado de un análisis progresivo del material obtenido, de modo que las categorías que aparezcan oscurecidas por la mala memoria puedan reaparecer con la redundancia de la vida social. Si bien cada situación es única e irrepetible y el material generado en ella es irrecuperable, la naturaleza plural y reiterada del trabajo de campo antropológico puede ser de valiosa ayuda si se sabe mirar y descubrir sus regularidades. Nunca la reiteración de señales, signos y situaciones es exacta, pero, al ser hechos sociales, la lógica de los actores presenta una combinatoria finita de posibilidades. Para ello es necesario estar presente en las más diversas situaciones de campo. De ahí la extensión de las estadías y la inmersión en la vida cotidiana, en virtud de lo cual el investigador va reconstruyendo sus notas a través de las asociaciones que le suscitan los

hechos empíricos que observa e intenta registrar a partir de sus objetivos y conexiones explicativas (Whyte, 1982: 236; Kemp y Ellen, 1984: 229). Pero queda aún un último argumento a favor del registro a posteriori. Especialmente en las primeras experiencias de trabajo de campo, esta modalidad obliga al investigador a realizar un profunda introspección -y con ello, un arduo y fructífero proceso de autoconocimiento- para recordar. Ello supone, paralelamente, un aprendizaje de la elaboración de datos al tiempo que se procede a su registro, de manera que el análisis de datos es, en buena medida, paralelo (de hecho y no de palabra) al trabajo de campo mismo. [256]

Las formas de registro dependen de varios factores que atañen a la investigación, al marco teórico y metodológico del investigador, y a la situación de entrevista y observación. La viabilidad y practicidad de diversos medios de registro dependen de cuestiones tales como la temática a tratar, su conflictividad y grado de compromiso para los informantes, la personalidad de los presentes, la etapa de la investigación y el método de análisis de datos (un análisis semiótico o de discurso requiere registros textuales). No tener en cuenta estas rendiciones y requerimientos suele conducir, en una extraña combinación con la avidez de "llevar el campo a casa", a recurrir a cualquier medio -lícito o no- para obtener y registrar información. Efectivamente, numerosos científicos sociales apelan al "grabador pirata", que -adelantos técnicos mediante- pueden ocultar entre sus ropas o en un bolso y poner a funcionar cuando lo deseen. Este procedimiento, además de éticamente censurable -al no contar con la aprobación del informante, que es un ser humano con voluntad y raciocinio- puede tener graves consecuencias, sobre todo si la relación con el informante no es anónima y pretende continuarse. Como este recurso es fácilmente asimilable a un acto de mala fe y espionaje, y se justifica más bien en casos de denuncia y de participante pleno' (Wallraff, 1985; Linhart, 1996), su descubrimiento puede revertir en una sanción negativa al investigador y éste puede verse imposibilitado de recuperar su imagen, asociada ya a la de un auténtico mentiroso; entonces deberá abandonar el campo. Pero por otra parte, consideramos que los beneficios de este recurso no son de tal magnitud como para poner en peligro lo más importante con que cuenta el investigador: su relación con los informantes que son, de distintas formas, sus colaboradores. Al fin y al cabo, las vías para registrar información son parte de la reflexividad del investigador y del informante en una relación social, y, por lo tanto, son parte del proceso de conocimiento.

## 2. ¿Qué se registra?

Si bien a grandes rasgos los registros obedecen a los lineamientos del objeto de investigación y del marco conceptual, ello no implica una correspondencia directa, pudiendo a veces excederlos o resultarles insuficientes. Así, los datos pueden aparecer como directamente implicados en el objeto de conocimiento o como "cabos sueltos" todavía inasibles en el proceso de investigación. Lograr reunir estos cabos en una cierta unidad descriptivo-explicativa es uno de los cometidos, no el punto de partida, a menos que el investigador proceda a forzar el ingreso de dicho material en el marco teórico del que dispone. En el trabajo de campo, el investigador suele [257] apelar a dos usos del registro que no son excluyentes. Uno es registrar sólo aquello que se vincula a lo que el investigador preveía encontrar, con sus interrogantes y con su objeto de conocimiento. Esta forma, si bien controlada, suele ser superada por el flujo de información a que se ve enfrentado el investigador y puede circunscribir el material a sus presupuestos, confirmando hipótesis, pero sin conducir hacia otras vetas y sin aportar conocimiento



significativo. Otro uso es registrar todo lo que le parezca, todo lo que recuerde, y establecer luego las relaciones y no relaciones (es decir, aquello que reconoce como significativo y aquello cuya relevancia todavía no vislumbra) con su objeto de investigación. La primera variante puede dar mayor tranquilidad al investigador pero también sesga, desde el vamos, su acceso a lo empírico: no propicia la actitud de apertura de la mirada de la que ya hemos hablado. Aunque nunca se alcance, quizá sea conveniente seguir cultivando aquella vieja y productiva utopía de registrarlo todo, pero siempre y cuando se tenga claro que la amplitud de ese todo no excederá, en mucho, las referencias impuestas por el marco cognitivo del investigador. En todo caso la apertura de la mirada será paralela a la apertura del conocimiento y de las conexiones explicativas.

Teniendo presente estas premisas proponemos registrar todo (lo posible). Siguiendo las recomendaciones de capítulos anteriores, ese todo incluye los datos observables y los audibles, esto es, los que proceden de la observación y de las verbalizaciones. Ambos tipos de datos surgen en situaciones donde convergen un ámbito, una serie de actividades y un grupo de personas (dentro de las que se cuenta el investigador o el equipo de investigación) en una secuencia de tiempo. Por último, y para que los datos puedan aportar nuevo material al conocimiento sobre la unidad social en cuestión, convendría recordar que el investigador aprende gradualmente a diferenciarse más y más de los informantes, a distinguir sus inferencias de los observables y sus valoraciones de aquellas que no le pertenecen. Esto entraña, por un lado, efectuar una nítida diferenciación entre lo que el investigador observa y escucha, aquello que creyó ver y escuchar, y lo que piensa sobre lo que vio y escuchó. Por otro lado, implica desarrollar una mayor agudeza en la captación de información significativa que pueda transformar en datos, ya se trate de sentidos, relaciones, información cuantitativa, etc.

Lo que observa, lo que oye

El investigador, aun cuando se encuentra en una entrevista, no sólo recibe información de labios de sus informantes. Observa gestos, [258] escudriña entornos, ve actividades y movimientos de personas. Por eso su registro contiene, en todo momento, datos acústicos y observacionales. Es útil, aquí, diferenciar entre los datos observacionales (no mediatizados por el informante, sino obtenidos directamente por el investigador) y los verbalizados (que pueden consistir en referencias de los informantes sobre alguna actividad o suceso no atestiguado por el investigador). Al registrar observaciones, es frecuente caer en adjetivaciones que abrevian aparentemente la labor descriptiva del investigador. A la larga, este procedimiento inutiliza el registro, debido a su ambigüedad y a sus marcos de referencia inciertos. No es posible su reutilización ni por terceros y, probablemente, tampoco por el investigador quien, es de creer, habrá tomado suficiente distancia con los parámetros que le fueron útiles cuando hizo el registro.

Adjetivaciones como "estaba todo sucio", "la sala de espera era grande", "el director estaba de mal humor", "la maestra trataba mal a los alumnos", "el hombre estaba fuera de sí", etc., serían inutilizables, salvo si se explicita:

- a quién pertenecen (al investigador o a algún informante);
- qué significan ("sucio", "grande", etc., teniendo en cuenta los términos de comparación);
- en qué elementos concretos (observables y verbalizables) se expresan

("maltrato" visualizado en qué actitudes; en qué se manifiesta "estar fuera de sí" por parte de aquel hombre, etc.).

Por otra parte, los datos procedentes de información verbalizada no son sólo aquellos que se encuadran en la entrevista y que responden a las preguntas del investigador. A lo largo de estas páginas, hemos intentado reafirmar la noción de que el trabajo de campo es todo cuanto ocurre en el campo (y aún fuera de él) con los informantes -reales y potenciales— y con el investigador. De manera que cualquier hecho o enunciado, por ínfimo que parezca, puede aportar datos, echar nueva luz o suscitar otras preguntas. De modo que el contenido del registro debería estar referido a lo que sucedía desde antes de comenzar la entrevista. A los parámetros del registro podríamos llamarlos PATE (Personas - Actividades - Tiempo - Espacio).

Cualquier acontecimiento, incluidas las situaciones de entrevista, está enmarcado en coordenadas de tiempo y espacio, dentro de las cuales algunos actores llevan a cabo ciertas actividades. En un registro completo no puede faltar ninguno de estos ingredientes, como tampoco su peculiar relación, ya provenga de lo manifiesto, ya de las inferencias del investigador. Se contará, además, con información requerida que resulte pertinente al tema. [259]

*Personas presentes:* desde el comienzo hasta el final de la observación/entrevista, pueden hallarse en grados diversos de relación con el investigador. Así, no solamente caben en el registro los entrevistados, sino también los testigos o presentes esporádicos del encuentro y que, como ya vimos, pueden remodelar el contexto y, por consiguiente, afectar la disposición del informante sobre los temas a tratar, además de aportar información acerca de los vínculos del informante con otras personas en su medio laboral (si el encuentro se realiza en su trabajo), doméstico (si se lleva a cabo en su hogar) o vecinal (si se realiza en su barrio). Registrar "personas" significa tener en cuenta:

- sexo/género;
- edades (aproximadas), nacionalidad, grupo étnico ocupación;
- vínculos entre sí y formas de trato interpersonal;
- flujos sociales (en sitios públicos, reparando en la mayor afluencia en determinados horarios);
- vestimenta y ornamentación;
- actitudes generales y,
- actividades desarrolladas en el lugar.

*Actividades:* incluyen el número de personas que las llevan a cabo, la división de tareas, cadenas de mando y poder, ritmo de la actividad, su tipo y duración, carácter habitual o no de la presencia de esas personas en el lugar, etc.

*Tiempo:* atañe, por un lado, al espacio temporal abarcado por la observación, el encuentro y la entrevista y, por el otro, a la secuencia de hechos y vicisitudes de la interacción entre el investigador y los presentes. En todo registro conviene incluir qué lapso temporal abarca, la hora de arribo del investigador y del informante.

*Espacio:* se incluye aquí información sobre las dimensiones del ámbito de observación/entrevista, su mobiliario, sus condiciones, objetos, decoración, como también el ámbito mayor en el que dicho lugar se encuentra.

Cuanto más acabadas sean las descripciones, más información se habrá recabado y de mayor utilidad serán las notas. Pero habíamos observado que el investigador y el informante son, también, personas presentes en la situación de encuentro. Conviene, pues, registrar los datos del encuentro:

- forma de concertación (casual, planificada);
- canales de acceso al informante; [260]
- número de encuentros previos;
- condiciones generales de la apertura condiciones generales del encuentro: interrupciones y desarrollo;
- condiciones del cierre y finalización: causas exógenas o endógenas, modo abrupto o gradual, etc.

*El informante:* es de suma importancia recabar su sexo, edad, nacionalidad, grupo étnico, religioso, nivel de instrucción formal, nombre o seudónimo, unidad doméstica y lugar en la unidad doméstica, ocupaciones -principal, secundaria-, antigüedad en la/s ocupación/es, lugar de residencia actual, etc. Caben también anotaciones acerca de la disposición del informante durante el encuentro, su forma de presentarse, su vestimenta, información indicativa que pudiera provenir de sus gestos o expresiones, recurrencias, redundancias y renuencias, nuevas temáticas aportadas por él, etc.

*El investigador:* es necesario consignar su presentación al informante y a otros presentes, su disposición previa al encuentro y en su transcurso, expectativas del encuentro, temas que se propone relevar, primeras impresiones, preguntas, comentarios, movimientos, silencios, dudas, inferencias y supuestos, interrupciones, preguntas aclaratorias, asociaciones con material de registros previos, etc.

## Epílogo

Un registro no es una recopilación de información que quedará relegada hasta finalizar el trabajo de campo, sino un material que cimienta la siguiente visita al campo (esto si seguimos siendo consecuentes con la reflexividad del investigador en el terreno y con un conocimiento no empirista de lo real) y resignifica todo lo actuado hasta el momento. De ese modo, el registro es una herramienta que puede hacer reformular el contenido y los canales de los futuros encuentros. Para que adquiera este carácter dinámico es aconsejable que, al cabo de su realización, se anoten las expectativas de trabajo futuro, que pueden incluir:

- resumen de los puntos que se presentan como más destacables de la jornada;
- nuevos informantes contactados;
- posibilidades de futuros informantes y canales de acceso a ellos;
- temas desechados o que no se pudieron explorar;
- temas a explorar con el informante; [261]
- temas generales a explorar;
- dudas y contradicciones suscitadas por el nuevo material obtenido en la jornada;
- limitaciones del encuentro y limitaciones del investigador.

Este resumen puede ser de rápida visualización antes de emprender la nueva visita al campo o a determinado informante y además presenta-un somero análisis de las líneas tratadas con cada uno y a lo largo de la investigación global.

El registro es la imagen del proceso de conocimiento de otros y de sí mismo que va experimentando el investigador; su progresiva agudeza y percepción se manifiestan en la información vertida en datos cada vez más numerosos, sorprendentes y relacionados. El registro no es un depósito de información, sino uno de los aspectos del eterno diálogo que el investigador lleva a cabo consigo para conocer a sus informantes y al mismo tiempo conocerse a sí mismo. Por consiguiente, el registro no es una fotocopia de la realidad, sino una buena radiografía del proceso cognitivo. Ello no obsta para que haya registros más y menos precisos sobre la vida social, ya que lo real existe independientemente de que el investigador esté allí para registrarlo. Lo importante es que, al ser consecuentes con el principio de que el conocimiento es un proceso construido por un sujeto con su bagaje, el conocimiento de lo real no sea independiente del conocimiento de sí mismo. Un buen registro es, a la vez, una ventana hacia afuera y otra hacia adentro. [262]

### 13. Casos de registro

A fin de introducir al lector en una herramienta clave del antropólogo, las notas de campo,<sup>1</sup> presentamos a continuación tres breves registros de los investigadores Raúl Díaz, Mónica Lacarrieu y Ariel Gravano, donde se ve el manejo de distintas problemáticas en campo.

#### 1. De la presentación del investigador en campo. Notas de Raúl Díaz<sup>2</sup>

Habiendo gestionado la autorización correspondiente para poder presentarme ante los supervisores de los distritos escolares, estaba ya en condiciones de "acceder" al campo. En otras oportunidades, la ocasionalidad de las visitas no implicaba un permiso especial; pero ahora se trataba de una inserción por todo el ciclo escolar. Elegí hablar primero con las autoridades de la escuela, antes que con las del distrito, las de más arriba. Le comenté a la Directora mis objetivos y logré interesarla; cuando me preguntó por qué había elegido esa escuela, respondí que me quedaba cómodo para viajar todos los días y que era de nivel "medio", tal como yo necesitaba.

No exhibí en ningún momento la autorización de la Secretaría de Educación. Luego que me relatara instancias de la pesada tarea de la Dirección, me solicitó que me pusiera de acuerdo con el supervisor [263] del distrito y que, de otorgarme el permiso, volviera para iniciar las actividades. Lo pensó mejor y me comentó que quizá sería conveniente que dejara pasar los primeros días de clase, que son muy movidos. ¿Contesté que "nada de lo que sucede en la escuela me es indiferente y necesito conocerlo todo; yo no evalué las actividades, necesito conocerlas, necesito hacer mi experiencia y mi trabajo en cualquier circunstancia".

Ya en el distrito, sucedió más o menos lo mismo con el supervisor, pero cuando me pidió que volviera más adelante le comenté que ya había hablado con una escuela y que estaban interesados en el proyecto. De tal manera, y prometiendo comentarle cada tanto la marcha del trabajo, remitió una cadena (notificación telefónica) con la autorización.

Ya en la escuela, fui presentándome a los maestros, personal de limpieza, auxiliares, algunos alumnos, Secretaria, etc. Traté de evitar que me presentara al Director para que mi inserción fuera siempre horizontal, nunca vertical.

Los docentes mostraron no sólo interés sino también un espíritu de receptividad, proveniente de una necesidad de contención y del hecho de pensar que mi actividad les permitiría manifestar sus necesidades. Me ubicaban como alguien que iba a darles las respuestas para mejorar su práctica.

La Dirección, a pesar del cordial recibimiento, no sabía bien qué hacer conmigo y sobre todo qué lugar darme para que yo trabajara, ya que yo insistía en permanecer todo el horario escolar y además sin un cronograma fijo de actividades. Así, desecharon la propia oficina de Dirección o Secretaría, porque ésa es la "cocina"; por el mismo motivo y porque ahí se "dicen muchas cosas", la sala de maestros. Del descarte quedó un lugar

---

<sup>1</sup> Las notas de campo han sido objeto de reflexión muy recurrente desde mediados de los ochenta. Desde distintas perspectivas, puede consultarse la compilación de Roger Sanjek (1990), y para instrucciones técnicas véase Emerson, Fetz y Shaw (1995).

<sup>2</sup> Extraídas de Díaz (1986-1989). Véase también del autor Díaz (2001).

que yo había previsto inicialmente pero que no sugerí: la biblioteca.

Desde el momento en que decidí colgar mi campera en el ropero que los maestros usan, quedé instalado también entre los docentes.

Organizando mis papeles en la biblioteca, comenzaron a acercarse antes de que yo intentara hacerlo y me contaban lo que creían me podía interesar. Aparecieron entonces los primeros problemas de involucramiento-distanciamiento. Cuando me presentaban a otros que aún no me conocían, dejaban traslucir cierto orgullo por tener a un antropólogo trabajando en esa escuela. "¿Ya la tarde por qué no vas a venir?"

De entrada me planteé romper posibles zonas sagradas o cerradas: planillas, actas, evaluaciones. Esto lo conseguí en parte interesándome también en el trabajo de la secretaría y siguiendo esas actividades, lo que me permitió conectarme con el mundo de la normatividad y lo escrito, datos estadísticos y consignas, cadenas y sanciones, notificaciones [264] y registros, salarios y obra social. De esta manera, en muy poco tiempo comencé a manejarme en el mismo lenguaje y pude mantener conversaciones al principio "extrañas". De nuevo, nada me era indiferente. Se dieron las conversaciones en general, a través de las cuales me fui integrando cada vez más. Al poco tiempo, no sólo podía acceder a cualquier mueble o papel, sino que hasta me consultaban dónde podían estar algunos elementos. Un jalón decisivo para la integración fue la posesión de una de las llaves de la biblioteca. Marcó al mismo tiempo cierta posesión del espacio escolar y la aceptación de la internación de un externo. También me mostré dispuesto a colaborar en alguna cosa administrativa, como sacar fotocopias o pasar notas a máquina, debido al desborde de las tareas que debía realizar la Secretaría en los primeros días de clase. Accedí a la Cooperadora y comencé a conocer a algunos alumnos. La presentación del antropólogo con los niños es todo un tema que abordo por separado. Toda esta inserción no fue lineal. Fue favorecida sin lugar a dudas por mi seguridad para desenvolver mis actividades, asentada en la conciencia de estar para "investigar", lo que me quitaba culpas o las idas y vueltas que ocasiona el tener que pedir permiso a cada instante. Esta seguridad mediaba entre cierta espontaneidad de mi parte y actitudes construidas a tal efecto. .

Yo quería saber lo que estaba pasando con mi inserción. No era, en principio, un integrante de la comunidad escolar. Las categorías que guían mi actividad en la escuela, mi investigación, no eran las mismas que ellos viven cotidianamente. De entrada, la preocupación por la "disciplina", que los obsesionaba, se transformaba para mí en mi propia relación con la disciplina y la autoridad.

Mi presencia generaba espacios para la conversación entre ellos, como si lo nuevo permitiera descargar lo viejo acumulado. Me daban la ocasión (me interrogaban) para exponer mis puntos de vista, no tanto como antropólogo sino como un ciudadano que opina. Así, las fuertes expectativas que se habían hecho sobre mí se fueron limando hasta que les fui pareciendo "un tipo como todos", con sus propias opiniones generales sobre las cosas. Paradójicamente, esto mismo me pasó a mí con ellos y, sorprendentemente, conmigo mismo. Desde ese momento comencé a sentirme uno más y las culpas o ambigüedades fueron dispersándose por la presencia de un nosotros que nos conformaba a todos. Esto no quiere decir que en contextos determinados no se me preguntara, como antropólogo, qué pensaba de algunas situaciones. Pero se había generado una circularidad que me ubicaba en el punto de uno más, que es antropólogo.

Me di cuenta de que todo este proceso residía fundamentalmente en que mi propia identidad estaba comprometida en esta primera experiencia larga de trabajo de campo. La consideración de los otros, [265] que en otras ocasiones me producía la conciencia de la diferencia, en este caso resultaba en una visión más trabajada de mí mismo. Por ello, cuando aparecieron mis tomas de partido por los chicos, por los docentes, por los auxiliares, por los padres, por la directora o la secretaria, las fui trabajando desde el contexto de lo que le pasaba a mi identidad primero, para pensar luego en términos de problemas susceptibles de ser investigados.

## 2. De la observación con participación. Notas de Mélica Lacarrieu<sup>3</sup>

El conventillo ubicado en La Boca tenía cédula de desalojo para el 8 de octubre de 1986. Habiéndome enterado de lo que ocurriría, a través de varias vecinas del inquilinato con las cuales había hecho un seguimiento del proceso previo, concurrí ese día al lugar y a la hora que se había comunicado.

Eran las 12 del mediodía y, ya en la esquina de la calle donde se ubicaba el inquilinato, pude observar los primeros síntomas de que el desalojo sería un hecho; tres tipos de traje ubicados en mitad de la cuadra, a pocos metros de la vivienda a desalojar, conversaban entre sí. Uno comentaba a los otros: "Esto no se puede, uno pide gracia hasta la tarde, el otro hasta el viernes...". Al pasar por al lado de ellos me observaron displicentemente.

Inmediatamente ingresé a la vivienda, encontrándome con la desesperación. Salía el marido de una vecina y me dijo: "Nos dieron hasta las 12:30; no sé adonde vamos a ir...". Ella, negando la situación o quizás canalizando su bronca, lavaba ropa en la pileta del patio, como si tuviera todo el tiempo del mundo. "Están ahí los tipos, ¿los viste? Ya vinieron... nos dieron tiempo hasta las 12 y media, no conseguimos nada, nosotros queremos pedirles hasta el viernes, pero dijeron que van a mandar la policía si no nos vamos... Y... me iré de mi hermana... No, Mary está ahí... y Dora fue a hablarle a la madre, a ver si la encuentra, si la puede recibir...". Mientras tanto, baja otra vecina del piso de arriba, llevando cosas y muebles, y dirigiéndose a la vecina que lavaba: "Vos Lina, ¿qué vas a hacer? ¿Te vas a quedar? ¿Te vas a quedar hasta que venga la policía? , porque si vos te quedas yo te hago compañía...". Adelina dice: "Mira, no sé qué voy a hacer, porque mi marido no quiere que me haga problema, ya estoy temblando; voy a parir acá...". La otra le contesta: "Sí, claro, mejor quédate tranquila...". [266]

Aparece en escena una chica joven, cuñada de Mary, y un tanto despreocupada asevera: "Va a venir [el diario] Crónica...". Adelina, más preocupada: "A las 12 y media vienen, ya dijeron...". En el otro extremo del patio, donde una pieza ya se encontraba desocupada pues sus moradores habían conseguido adonde ir con anterioridad a la fecha, se encontraban Mary y su marido. Mary me dijo: "Aquí andamos, sacando para hacernos una pieza donde vamos...". El marido estaba sacando maderas y chapas de la pieza ubicada enfrente a la de ellos. "Estamos desempacando de la pieza... ésta era la de mi compadre... al final vamos de mi cuñada, acá nomás, nos presta una pieza, pero con los que somos, no alcanza, igual va a ser provisorio por tres o cuatro meses hasta que consiga algo, y estamos sacando madera y chapa para hacernos una piecita abajo de donde vamos, para poner aunque sea las cosas que llevamos... no, si dijeron que sacáramos lo que quisiéramos, si total a ellos no les interesa, si van a demoler, les

---

<sup>3</sup> Extraídas de Lacarrieu (1986).

interesa el terreno... sí, es por acá... vinieron ayer los chicos del comité y nos dejaron recibos de alquiler para mostrarles y que nos den hasta el viernes, pero... claro, falsos, como que alquilamos... yo le voy a pedir hasta la tarde, porque mi marido trabaja y ¿cómo voy a llevar todo esto? Yo, la verdad, no entiendo; este gobierno también lo desalojan y después cuando querés alquilar con chicos no quieren: acá quedamos los que tenemos chicos nomás, los que no tienen ya consiguieron lugar, y quedamos cuatro familias, la de allá no sé, se fue esta mañana, dejó cerrado con candado, yo no sé adonde fue, si ya sabía que era hoy [habla de la pieza del fondo]". Mientras tanto se observa el patio más inundado que nunca.

Baja otra vez la vecina del piso de arriba y me pregunta a los gritos: "¿Usted es del juzgado? ¿Usted sabe? A mí me cobraron esa pieza 250 millones y ahora mire...". "Mary, explíquele que no tiene nada que ver [me dice]... si ya falta poco, vienen a las 12 y media... bueno, yo me voy a ocupar de mi comida...". También Adelina fue a su pieza a empacar las cosas. En un segundo, el patio quedó desierto.

Raquel sale con su bolsito: "Yo me voy a llevar mis cosas antes de que vengan...". Sale a la puerta de calle, yo voy con ella. Llegan vecinas de la vuelta, entran hasta el pasillito, y luego salen, se quedan con Raquel y conmigo, hablando del desalojo: "¡Pobre gente! [a Raquel]... ¿Y consiguieron ya todos?" Raquel: "Yo me voy a la casa de mi vieja, yo no tengo problema, voy a dejar las cosas ahí, y después me voy de una amiga que el marido está embarcado... y si no, igual no tengo problema, yo soy sola, tengo mi mamá, mi abuela; están peor los otros, y quedaron cuatro familias y justamente los que tienen chicos... y esta mañana vino [el diario] Clarín y como no vio nada se fueron, iba a venir Crónica... Pero ya sabían, esperaron hasta último momento también [por los que quedaron], pero también con el sueldo que ganan... cien palos gana el marido de la Lina, ¿qué hace con cien palos con lo [267] caro que están los alquileres?... Para mí que esto lo compró la 29 [la comisaría]... no les interesa nada, solamente el terreno, sí, para mí lo compró la 29 para agrandarse... claro, porque esto será una pocilga, donde hay ratas, bichos, de todo, pero a la gente que vivía acá le servía, por lo menos vivía acá".

Las vecinas observan el transcurso de los hechos. Mientras el marido de Lina se trajo a un muchacho con un camioncito muy pequeño y lo empieza a cargar con sus cosas, que saca por la ventana de su pieza, salvo el televisor, que lo sacó por la puerta. Al mismo tiempo, dos de los tres tipos seguían ahí en la mitad de cuadra, esperando que se hiciera la hora. La vecina de arriba entra en la casa: "¿Qué se cree? Yo le voy a matar, que me cobró 250 millones, le tiré la puerta para que sepa cuando venga, yo voy a agarrarlo...". Raquel: "Bueno, yo me voy a llevar mi bolsito a lo de mi mamá, ya vengo..."

Quedan las vecinas de la vuelta y dicen: "Pobre gente, ¿cómo pasan estas cosas?... ¿Dónde van a conseguir?; si no hay...". Me preguntan: "¿Y vos sos del juzgado?". Les contesto que no, que conozco a varias familias de la casa. Ellas me dicen: "Mira, ahí siguen los tres tipos, ¡qué desastre! Hay muchos desalojos...". Vuelve Raquel, y sale de la casa un muchacho con maderas y chapas al hombro. Raquel comenta: "Estos van a hacer un villerío en la casa de mi mamá...". Mientras, el marido de Adelina sigue cargando cosas. Sale Adelina: "¿No la vieron a Dora?". Raquel: "No, se fue a llamar a la madre..." Adelina: "No, porque me dijo que le lleve la cama..."

Viene Dora con el hijo en brazos. Una vecina le pregunta: "¿Y? ¿Conseguiste ya?".



"No, no tengo dónde ir...", contesta Dora.

Raquel pregunta: "¿Y la mamá?". Dora: "No la encontré. ¿Me puedes tener al nene que voy a ver si encuentro al chico de enfrente? Aunque sea para que me lleve las cosas, no quiero dejar las cosas acá..."

Raquel le tiene al nene. Las vecinas nos dicen: "Bueno, nos vamos...". Raquel: "Yo lo digo [mirándome y mirando a los tipos], si tuviera chicos... ¡qué hijos de puta!, lo que les interesa es el terreno, tirar abajo, si tuviera chicos como ella, me quedaba acá... Y lo conozco a ese chico [el del camioncito], es el verdulero, pero no quiero decirle que me lleve el ropero, y bueno, que quede acá... ¿Y cómo se puede hacer ahora para llamar a los medios?... Anoche nos reunimos; hicimos una olla popular en el conventillo, los hice reír, nos reunimos para comer todos los que quedamos. Una le dice hija de puta a la otra, pero anoche todos estaban tristes... la pasamos bien, pero ya sabíamos que teníamos que irnos, también estos hijos de puta podrían haber dado más tiempo, haber avisado antes, pero también hace dos años que esto estaba en desalojo, lo que pasa que éstos también se dejan estar [por las otras familias]". Entramos, llega Carmen, quien vivía ahí hasta hace unos días y consiguió adonde ir. Viene con una hija a buscar cosas que había dejado (unos muebles). [268]

Llegan los muchachos de la demolición, con los elementos en mano. Me preguntan: "¿Vos tenes algo que ver con el juzgado?" Les explico que estoy haciendo un trabajo y les pregunto si hay muchos desalojos en La Boca. "Sí, hay, nosotros venimos a hacer nuestro trabajo, venimos a cumplir, pero por eso yo no quiero hacer esto, prefiero otro tipo de cosa, porque ver a la gente pobre que se quede sin casa... Mi origen fue una pensión, pero como yo digo: cuando uno trabaja y tiene voluntad y hace sacrificios puede salir, yo me compré un terrenito en la provincia, y me fui haciendo mi casita...". Se alejan para ir viendo qué pueden demoler. Carmen les pide que la ayuden a bajar por la escalera un ropero y luego otro mueble.

Entran el dueño y el oficial de justicia, a las 12:35. Carmen los saluda muy amablemente y se pone a charlar con ellos. Les cuenta dónde vive. Llega Mónica, quien también vivía ahí y ahora vive en otro conventillo. Vuelve Dora: "No sé qué voy a hacer con las cosas; no conseguí, no quiero dejarlas acá...". Los de la demolición le preguntan a Mary si pueden empezar. Ella señala para el lado de su pieza: "Ahí no, todavía están mis cosas, y en esa pieza la gente no está, todo esto está vacío". Sale Juanita de su pieza con cosas que se lleva. Raquel: "¡Ah!, ¿entonces tenía donde ir, Juanita?" Le responde: "Claro que tenía, pero yo no me quiero ir, yo tenía de antes, pero no hubiera sido justo si los demás se quedaban, que yo que pagué hasta el final me fuera...". Sale. Uno de los tipos me pregunta si soy de la casa; al contestarle que no, se queda conforme. Se instalan los cuatro tipos en el medio del patio, mientras el oficial de justicia es el que va inspeccionando y dando órdenes. Le pregunta a Mary qué es lo que está desocupado para ir tirando. Se dirige a la pieza con candado, saca una llave para intentar abrir, no puede y le pide una herramienta al muchacho de la demolición, comienza a abrirla. Raquel mira asombrada: "¡Huy!, le van a abrir y le van a tirar las cosas afuera...". Todos observan la situación y comentan sorprendidos.

Mónica le hace bromas a Liria: "Bueno, yo ya tengo acá mis cosas [en una bolsa]. Es un plato ésta; siempre el mate encima, va a estar abajo del puente pero tomando mate...". Adelina gritaba a los chicos o hacía chistes: "Ojo, que me pongo a parir acá en el medio

del patio" [mirando a los tipos y agrediéndolos]. A Mary le mandan a buscar un camión de mudanza. Empieza a pasar las cosas por la ventana. Los de la demolición empiezan a tirar los baños. Adelina: "¿No sería mejor con un fosforito? Yo tengo kerosén... Tengo unas ganas de incendiar este conventillo...". Las nenas de Adelina querían llevarse a los gati-tos. Adelina: "No, que los gatitos encuentran refugio, en cambio nosotros no...". Los tipos comentaban: "Al final fue menos complicado de lo que pensábamos". Carmen saludó al dueño y a los chicos y le agradeció [269] por los servicios prestados. Todos observaban y hacían comentarios, mientras los de la demolición tiraban.

### 3. De la producción de datos. Notas de Ariel Gravano<sup>4</sup>

Ese día estaba entreteniéndome dentro de mi recorrida habitual por el barrio. Jugaba a entrecerrar los ojos con el propósito de distinguir elementos que hasta ese momento me habían resultado familiares por su obviedad pero difícilmente carecieran de una explicación, salvo -claro está— que yo no me interesara en proporcionarla o hipotetizarla. Estaba, en suma, tratando de poner en relieve mis propias obviedades, cuando me detuve ante una figura reflejada en un cristal: anteojos oscuros, gorra gris, campera con cuello levantado, bufanda tapando la garganta, barba, pelo un poco largo, una figura muy obvia para mí: era antropólogo, se llamaba Gravano y hacía exactamente lo que yo, desde ese lado de la realidad: "¿Qué vas a hacer ahora, Gravano, antropólogo?", me pregunté. "¿Adonde vas con esa pinta de pescador estrenando equipo?", me pregunté. Y por un momento cuestioné el significado que tendría mi imagen para mis potenciales informantes. ¿Cuál sería el sentido que ellos atribuirían a mi indumentaria, a mi postura, a mi forma de ponerme en escena, al encararlos? ¿Sería para ellos también un pescador estrenando equipo? Había una sola forma de probarlo: testarlo con la realidad en ese momento, tratando de hacer un registro del primer contacto y de la puesta en marcha de mis propios prejuicios y preconceptos sobre esa misma relación. Mientras decidía esto, automáticamente fui sacando de foco mi propia imagen y dejando que, desde el fondo del cristal, surgieran cada vez con mayor nitidez las figuras que se movían dentro del local: dos mujeres y un hombre; y las figuras que no se movían: tres grandes mesas, un mostrador y una docena de sillas. Las mujeres tomaban mate detrás del mostrador; una revisaba un fichero de metal, aparentaba 35 años de edad y de vez en cuando movía los labios. La otra aparentaba 50 y también movía los labios, pero cuando la otra dejaba de hacerlo. Era obvio que estaban conversando sobre algo (¿sobre mí?). El hombre, vestido de guardapolvo azul, inclinaba sus canas sobre el diario que leía. El lugar estaba limpio, prolijo, silencioso. De pronto, el lugar comenzó a interrogarme: ¿qué mira, pescador? ¿Va a entrar o se va a quedar ahí parado, como [270] hambriento en ventana de restorán? Ahí fue que volví a poner en foco mi propia imagen. ¿Qué sería yo para ellos?... Antes de empezar a imaginar personajes posibles, opté por despejar mi cara, me saqué la gorra, la bufanda quedó desatada, el cuello de la campera se abrió y a pesar de mi miopía bajé los anteojos hasta la punta de la nariz; ahora por lo menos me verían la cara. Mi temor era no parecer muy "normal" a ojos adultos y burócratas. Me detuve -sin dejar de mirarlos- a leer un cartelito que anunciaba: "Biblioteca Municipal" y ofertas de libros para estudiantes secundarios, universitarios, horarios, funcionamiento del Plan de Alfabetización, etc. Me fui deslizado hasta la entrada, tratando de qué se fijaran en mí. Automáticamente estipulé un objetivo: lograr algunos trazos de la imagen que estos actores tendrían del barrio y de su propia actividad dentro de él, tal como venía haciendo en otras instituciones. Entré despacio, saludé con calma y firmeza, en plan buen tipo, y con una

---

<sup>4</sup> Extraídas de Gravano (1988).

de esas tautologías que se dicen para no parecer prepotente pero con las que se corre el riesgo de parecer un tanto "faltito":

—Buen día, ¿para la biblioteca atienden aquí?

—Sí señor —contestó la mujer de 50 años, con amabilidad de mostrador público y algo que me pareció condescendencia, que era tal cual lo que yo quería lograr.

—Mi apellido es Gravano, trabajo enja universidad, estoy haciendo un estudio en el barrio, seguramente ustedes me podrán informar.

Esta frase cayó bien, a juzgar por el cambio de posición de la mujer, que se inclinó un poco sobre el mostrador y me sonrió, aunque en seguida puso cara de "depende qué información", así que le aclaré el tema:

—¿Acá tienen también material para universitarios? —la pregunta fue un golpe bajo hacia lo que yo prejuizgaba que sería un orgullo de toda bibliotecaria de barrio.

—Sí, señor, tenemos libros para el secundario y para la universidad.

En ese momento entró una chica de unos 14 años con un libro forrado en la mano, lo puso sobre el mostrador y la otra mujer lo tomó; la chica estaba vestida con un suéter bastante usado y pantalones vaqueros gastados, de lo que deduje que vivía muy cerca, pues hacía mucho frío.

—¿Los lectores son chicos de por aquí? —pregunté.

—Sí, toda gente de acá, del barrio, todos chicos del barrio, la biblioteca está abierta de 10 a 16:45, hay sala parlante también, selha-cen préstamos a domicilio....

—Chicos del barrio —agregué, tratando de encarnar la línea... de última, yo era un pescador.

—Sí, acá les damos el material que nos piden... [271]

A esa altura, si era por datos, yo podría haber preguntado por la cantidad de chicos que concurrían, de qué colegios, qué estudiaban; pero en realidad los datos que buscaba eran de otro tipo; el problema era cómo podría lograr que surgiera su propia visión de esos chicos del barrio y su visión de lo que yo suponía que era el conjunto de chicos que no concurría a la biblioteca; la pregunta más directa y frontal habría sido: "¿Qué piensa usted de los chicos del barrio que no vienen a la biblioteca?"; pero eso era como poner un cartelito en el anzuelo, que dijera: "Quiero que pique un dorado de 85 cm, ya asado"; así que opté por no preguntar en forma directa, pero sí tratando de inquirir sobre su opinión de los "chicos del barrio" en relación con su propio trabajo o servicio dentro del barrio, lo que suponía, a su vez, indagar sobre su propia imagen del barrio; sólo deslicé: "¡Qué interesante!, me llama la atención una biblioteca para los chicos del barrio...". Me jugué con una opinión en vez de una pregunta; es que no podía seguir dando la imagen de recipiente total; aunque mi otro yo me tironeaba para el lado de la antropología... En fin, la mujer suspiró y dijo sería:

—Para los chicos que estudian —recalcó—, los vaguitos no vienen, éstos no...

—Claro, entiendo —dije. (Mi otro yo antropológico me gritó: "¡No, Gravano! ¡No tenes que entender nada! ¡Tenes que hacerle abrir el sentido que tienen para ella los vaguitos!". Lo aparté de mi oreja justificándome: si no le muestro que algo entiendo, me va a tomar por un opa, ya vas a ver cómo le hago abrir el sentido, tengo la caña y el anzuelo listos, ya vas a ver)—. ¿Son muchos los que estudian? ("Dijo 'vaguitos', Gravano, 'va-gui-tos', tenes que seguir por ahí", me gritó de nuevo; lo volví a apartar).

—Sí, son muchos —contestó ella.

—Yesos... (enganché la lombriz) los vaguitos... (la eché al agua), ¿son muchos? (¿habrá pique?). Cerró los ojos asintiendo, bajó la voz y miró hacia la puerta.

—Sí, hay muchos... desgraciadamente.... (¡Picó!)

—Usted dice vaguitos... ¿por qué? (ahora empecé a recoger).

—Y... no hacen nada, andan por ahí... (pausa interminable, parece que se escapa, agito el agua).

—¿De qué edades son? —intento" de nuevo sin mucha lucidez.

—Y... de 13, 14 años, hay más grandes también (me comió la carnada y me dejó de seña).

—¿Y sólo andan por ahí? Le pregunto porque a mí también me sorprende no ver en el barrio ningún bar, ningún lugar... (Puse otra lombriz).

—Sí, antes había, pero ahora no... Será porque hay problemas, hay... (La pausa me impulsó a que me acercara a ella casi hasta rozarnos [272] las narices; para esto apelé a la cara de padre de familia preocupado que llevo siempre a mano; ¡resultó!, salió todo de golpe-. Porque, ¿sabe una cosa? Lo que pasa es que éste es un barrio obrero. En un barrio obrero no hay mucha plata, la verdá... no tienen... piden: ¿me da cincuenta centavos? Y por ai se juntan entre veinte, piden y se fuman un solo cigarrillo de marihuana... Lo que pasa es que de este barrio se habla porque es un barrio obrero, obrero... Si en Caballito o en Belgrano o en Flores se drogan, porque ahí hay cocaína, de todo... nadie dice nada, porque es lo normal. Yahí sí hay gente de plata, porque la cocaína cuesta mucha plata. Pero como aquí es gente pobre, se habla y se habla de aquí, por eso, por eso se habla.

Buen pique, ¡y con equipo viejo! La entrevista siguió durante hora y media. [273]